

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

“DIANA - MANIA, SANTIFICACIÓN Y FENÓMENO

SOCIAL EN LA GRAN BRETAÑA”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADA EN CIENCIAS

DE LA COMUNICACIÓN

P R E S E N T A

GEORGINA LUISA JIMÉNEZ REYNOSO

ASESOR: RUBEN SANTAMARÍA VAZQUEZ

CIUDAD UNIVERSITARIA, D.F.

FEBRERO 2004



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

GRACIAS A:

Mis padres, Miguel y Anita; por su amor y constancia.

Gavin, por su paciencia, por echarse el riesgo.

Isabel, Niña y Caitlin, como un recuerdo de su propia historia.

Rubén Santamaría Vázquez, mi asesor de tesis, por su valiosa ayuda.

*Mi hermana Cecilia, por representarme a distancia con la mayoría de los
trámites de mi titulación.*

Lucrecia Iriarte y Judit Ruíz Solís, por su apoyo

Quienes se fueron antes de ver mi titulación.

A Dios y a San Judas Tadeo, por acompañarme siempre.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	1
REPORTAJE	9
1. LA TRAGEDIA	10
2. UNA HISTORIA DE AMOR, INTRIGAS Y TABLOIDES	19
3. DESPUÉS DE LA TRAGEDIA	42
4. EL FUNERAL DEL SIGLO	51
5. EL FENÓMENO MEDIÁTICO	60
COROLARIO.....	68
BIBLIOGRAFÍA	76
HEMEROGRAFIA	78
ENTREVISTAS	78
HEMEROGRAFIA CITADA	79

INTRODUCCIÓN

Durante el verano de 1997 el mundo entero observó con ojos sorprendidos como en la beligerante Inglaterra –la tierra del “labio apretado”-, en donde la severidad imperial ha marcado por tanto tiempo su imagen como nación y la realeza ha sido símbolo de su continuidad, millones eran capaces de expresar un abrumador mensaje a través del lenguaje de las flores. Celebres nativos de ese país como George Orwell conocían, aunque en parte, ese rostro de la Gran Bretaña amante de la naturaleza, sin embargo, el diluvio y arcoiris de lágrimas era algo inconcebible, se trataba de un hecho revolucionario. Cada revolución surgida del pueblo está unida a la cultura nacional. Fue una revolución emocional: la Dianamanía.

En los cinco días posteriores a la muerte de la Princesa de Gales, y bajo la influencia del idealismo y de un sentimiento de esperanza desatado por la victoria que llevara al Nuevo Laborismo al poder tres meses antes, la Dianamanía, ese fenómeno en el inconsciente colectivo del Reino Unido y de fuerte influencia mundial (con el poder de la imagen), manifestó sus contenidos de una forma en la que ningún político u otro miembro de la Familia Real inglesa podría haber manipulado en forma calculada.

Desde finales de los años ochentas y hasta la llegada de Tony Blair como primer ministro de Inglaterra, aunque nadie se atreviera a decirlo el drama Real había sido el más importante evento político del Reino Unido. Existía una crisis pero hacía falta su catalizador, y éste fue involuntariamente Diana Spencer.

Por medio de su confesado sufrimiento y tragedias ante los espectadores de la televisión y la prensa, millones llegaron a comprender los asuntos que estaban en juego. La Familia Real era una metáfora de la nación.

Después de la experiencia de dos guerras mundiales, años de racionamiento, la amarga pérdida del Imperio y el rompimiento de la Unión, la cultura popular en la Gran Bretaña de los años sesenta, se construyó abrazando un juego distinto de valores: los sentimientos, la honestidad, la informalidad, la meritocracia, la admisión de debilidad, lo femenino.

Durante los años de la administración de Thatcher la esfera social fue constantemente denigrada, y veinte años más tarde el abismo entre las

instituciones de gobierno, el sistema judicial y el pueblo quedaron al desnudo. Los dramas de los ricos se convirtieron en deleite del resentimiento social, y los editores de tabloides y revistas del corazón lo sabían. Al morir la Princesa de Gales, la menos real de los reales, quedó simbolizada indirectamente la imagen redentora del Nuevo Laborismo. Se había derrotado momentáneamente al Establishment como en cualquier revolución, y el mismo pueblo que por décadas se había sentido alejado de la propia nación que conforma, fue testigo de la hora en que las telarañas de la vieja institución estaban por ser sacudidas. Los medios fueron más que juez y parte, crearon la imagen a su conveniencia mercantil, fueron copartícipes de la creación de una leyenda y, en sentido político, pescaron en río revuelto. Lady di, Reina de los corazones del pueblo inglés, pero también Reina de portadas –la más deseada por los paparazzi-había por fin escapado de su tortuoso romance con la prensa, mientras que en otra página de esta historia, el ministro Tony Blair había iniciado un affair con los medios.

Las múltiples lecturas que se pueden hacer acerca de la reacción colectiva ante un suceso son materia de estudio para psicólogos, historiadores, sociólogos, economistas y hasta filósofos, pero también es material de trabajo para

comunicadores; por ello decidí exponer mediante el reportaje lo que ha sido considerado uno de los fenómenos sociales de mayor importancia histórica, social y cultural para la Inglaterra del siglo veinte y el resto del mundo no está exento del suceso y su influencia.

Se trata de una revolución emocional, en la que tienen parte la familia real, la política, los medios de comunicación y el pueblo en general, lo cual me permite exponer el hecho desde el punto de vista “cálido”, esto es desde el sentir popular; y esa característica del fenómeno dianamanía, me animó para aplicar las técnicas del reportaje escrito, que a su vez es un género con una gran accesibilidad de lectura tanto para quien estudia los hechos académicamente como para el lector curioso de cualquier nivel y profesión.

El reportaje según palabras de Raymundo Riva Palacio, es “donde la noticia se examina con profundidad, donde se va a lo que está atrás de los acontecimientos, donde se analiza y reflexiona sobre sus posibles causas y orígenes”.¹

¹ Citado en: Baena, Guillermina, Reportaje y Periodismo Futuro Antología, FCP y s, UNAM, México, 1976, p. 61.

Es por medio de un género como el reportaje que al darse a conocer este tipo de fenómenos se indaga en ellos con más profundidad de lo común, exponiendo el hecho desde diferentes perspectivas mediante el empleo de estructuras y recursos expresivos variados.

Guillermina Baena dice en su libro *Reportaje y Periodismo Futuro*, que este género interpretativo “además de contener las dimensiones de la noticia: espacio y tiempo, tiene una más: la profundidad”². Esto es, que dicha investigación va más allá de lo que a primera vista se observa.

Por su parte, Leñero y Marín afirman que en el reportaje caben las revelaciones noticiosas, la vivacidad de las entrevistas, las notas cortas de la columna, el relato de la crónica, lo mismo que la interpretación de los hechos, propia de los textos de opinión. Lo mismo emplea algunos géneros literarios, de tal suerte que su estructura puede ser similar a un cuento o una novela corta. La maestra Baena señala que “el reportaje apoyado en la entrevista y el testimonio; la documentación y la observación directa, es de tipo expositivo o argumentativo”³.

² Baena, Guillermina, *Reportaje y Periodismo Futuro* antología, FCP y s, UNAM, México, 1976, p. 55.

³ Leñero y Marín, *Manual de Periodismo* Grijalbo, México, 1986, p. 35.

De acuerdo a los autores citados, el reportaje se clasifica en: descriptivo, demostrativo, narrativo, instructivo y de entretenimiento. Pero cualquiera que sea la forma o la intención del reportaje, la variedad y el interés humano son parte de su esencia.

La clasificación del género –según Leñero y Marín- es la siguiente: Reportaje demostrativo (prueba una tesis, investiga un suceso, explica un problema); Reportaje narrativo (relata un suceso, hace la historia de un acontecimiento); Reportaje instructivo (divulga un acontecimiento científico o técnico) y el Reportaje de entretenimiento que tiene semejanza con la novela corta y con el cuento.

La clasificación de este género no es estrictamente limitante, pues un solo reportaje puede contener en si mismo las características de varios de los tipos clasificados de reportajes, de acuerdo a que el contenido de la información lo permita; el reportaje, en cuanto a manejo de información, es también un proceso de elección y selección de la información para su interpretación. Por tanto, el reportaje: “Dianamanía” presenta características de los reportajes

demostrativo, descriptivo y narrativo (incluyendo elementos de opinión y crítica), en cuanto a que investiga un suceso y explica un problema; retrata situaciones, lugares, personajes o cosas; y relata un suceso, hace la historia de un acontecimiento.

Los tópicos que conforman la estructura del trabajo fueron dados por la misma información recopilada, seleccionada e interpretada. El orden de los acontecimientos responde tanto al manejo del tiempo y el espacio como a la estructura general que un reportaje debe presentar: entrada, cuerpo y remate. Las fuentes de información son en aproximadamente un 70% hemerográficas y corresponden al análisis de los contenidos de los diferentes diarios la mañana en que se dio la noticia de la muerte de Lady Di por primera vez, y del contenido de los distintos periódicos británicos en la semana antes del entierro de la Princesa Diana y después de él. Los acontecimientos del romance y la boda de la Princesa fueron recreados a partir de una mínima bibliografía publicada acerca de la Familia Real. El reportaje es complementado por una entrevista con un reportero de turno la noche del accidente, una crónica de cómo se dio la noticia por televisión, el testimonio de una televidente al darse a conocer por primera vez la tragedia y una crónica de observación directa

sobre hechos y opiniones durante la semana después de la muerte, durante el funeral y el último adiós a Diana Spencer, Princesa de Gales.

Como mexicana en Londres, el impacto de la muerte de Diana y los hechos desatados a partir de esa tragedia fue enorme, ya que nunca antes había experimentado de cerca los efectos culturales en la reacción de la opinión pública. Después de acostumbrarme al “choque cultural”, el hecho me abrió los ojos ante un país distinto al estereotipo que ya daba por conocido. Con todo, este trabajo periodístico contiene la visión, interpretación y percepción de una mexicana formada en la Universidad Nacional Autónoma de México.

DIANA -- MANIA

(Reportaje)

1.- LA TRAGEDIA

El sábado 30 de agosto de 1997 a las ocho de la noche en el Hotel Ritz de París se vivía una agitación inusual; dos personalidades de controversia para la prensa cenaban en un ambiente de romanticismo, se trataba de la Princesa de Gales (bautizada Lady Di por la prensa británica) y su amante “Dodi” Al Fayed, el hombre en cuestión era el hijo de un negociante musulmán altamente controversial, quien jugó un papel no insignificante en la caída del gobierno anterior, y la mujer involucrada era la madre del futuro Rey de Inglaterra, Diana Spencer recién divorciada del Príncipe Carlos de Inglaterra, “La pareja había llegado a París a las 3:20 p.m.; había sido perseguida entre las 5:30 p.m y las 8:00 p.m por los paparazzi en motocicletas y automóviles” (Ben Fenton , The Daily Telegraph). En el hotel se encontraban también el chofer de la Princesa Henri Paul y su guarda espaldas Trevor Rees-Jones. Ni el Escuadrón de protección de Scotland Yard ni las autoridades francesas sabían de la presencia de la pareja en París.

Aquella cena en el Hotel Ritz de París había sido preparada por “Dodi” el playboy millonario adicto a la velocidad, con la intención de pedir a la

Princesa que se casara con él, para simbolizar el compromiso el playboy musulmán obsequió a la dama inglesa un anillo de diamantes de 130 mil libras. La mañana de aquel día Diana Spencer había anunciado a los reporteros que les daría una gran sorpresa.

A las 8:45 de la noche la pareja salió del hotel. Henri Paul, el chofer, tuvo una discusión con los fotógrafos al momento de abandonar el Ritz: “no nos van a alcanzar” dijo antes de abordar el Mercedes Benz, un vehículo de segunda mano que se había sometido a serias reparaciones después de ser robado a punta de pistola, al parecer el chofer estaba borracho. La Princesa y el magnate abordaron el automóvil en la parte de atrás, ninguno de los dos se colocó el cinturón de seguridad, el chofer se puso al volante y a su lado el guardaespaldas, este último fue el único que se colocó el cinturón de seguridad.

El automóvil arrancó y tras él los paparazzi franceses Romuald Rat y Cristian Martínez. Muy cerca de los Campos Eliseos “el automóvil de la pareja alcanzó los 180 kilómetros por hora” (Nich Parker, The Sun Mirror), a esa velocidad los seguía un fiat blanco, los paparazzi aceleraron también, el

Mercedes Benz entró en el llamado en París “Túnel del Alma” para no salir completo jamás: se estrelló contra las paredes del fatal túnel. Dos turistas norteamericanos –Joanna Luz y Tom Richardson- que se encontraban cenando en un café cercano al lugar escucharon un estallido como si hubiera explotado una bomba y corrieron a ver qué pasaba, más tarde declararían a la BBC de Londres haber visto como los fotógrafos trataron de alejar a los policías mientras tomaban fotos. “Mientras el cuerpo de Diana yacía agonizando dos de los paparazzi pelearon con la policía y Romual Rat fue acusado de estorbar a otro que trataba de ayudar a las víctimas, el fotógrafo alegó que solo estaba tratando de tomarle el pulso” (Charles Raff, The sun Mirror), el fotógrafo disparó su cámara varias veces, enfocando a la Princesa de corazones cuyo cuerpo se encontraba atrapado en el metal retorcido en que se había convertido el Mercedes Benz. Los “paparazzi sin corazón” se afanaban en hacer su gélido trabajo.

Mientras tanto, a varios kilómetros de ahí, en Inglaterra, para Eugenia Carey, ama de casa y trabajadora residente en Londres (Entrevista realizada el 10 de diciembre de 1997 en Londres), la noche del 30 de agosto de 1997 era una noche de sábado normal, aunque de insomnio y aburrimiento. La señora Carey

esperaba a que su esposo volviera del trabajo, que en aquel entonces era durante los fines de semana entre las 5:00 p.m y la 01:00 am en un periódico dominical londinense. “No soy aficionada de la televisión (explica Eugenia) pero por alguna extraña razón esa noche decidí encenderla y buscar algo entretenido que ver. A esas horas es muy difícil encontrar algo decente en los canales ... de repente puse uno de los canales de la BBC –no recuerdo si fue BBC1 o BBC2- y me encontré con las caras de Jean-Paul Belmondo y Alain Delon, en lo que parecía ser “Borsalino” ... como no había visto esa película y por tratarse de un clásico del cien, decidí sentarme a verla y ver porque esta película había sido tan famosa”.

No habían pasado cinco minutos cuando un flash de última hora interrumpió la película que interesaba a la señora Carey para informar de un accidente automovilístico en el cual Dodi Fayed había resultado involucrado: “tuve el presentimiento de que esta información era muy importante, ya que durante las dos semanas anteriores en todos los periódicos dominaba la noticia acerca del “nuevo hombre” en la vida de la Princesa Diana ... en este país casi todos leemos periódicos y revistas, y la Princesa Diana había estado mucho en la prensa a principios de año porque se le ocurrió aliarse con los de la campaña

anti-minas ... qué diablos hace esta mujer y ahora con un musulman?. Dodi y Diana sonaba como una de esas historias que se inventan solo para vender periódicos..” Media hora después el tono de la historia cambió: “con una voz sombría –dice la señora Carey- el presentador de noticias informó que Dodi Fayed y su chofer habían muerto como consecuencia del choque ... cuando escuche que Diana no había sido aún informada sobre lo que le había pasado a su nuevo amigo porque ella también iba con él en el coche y había resultado herida, lo primero que me pasó por la cabeza fue que seguramente cuando ella lo supiera desearía morirse también. Esta mujer rica o no, y con la suerte de pertenecer a una de las familias más privilegiadas del mundo, me parecía bastante desafortunada y no me daba en ese momento sino más que lástima ... esta historia valía más la pena de verse que cualquier clásico cinematográfico”.

A la 01:30 a.m la BBC mencionó que Diana y un guardaespaldas habían resultado heridos en el accidente. Se decía que la Princesa presentaba daño craneal y heridas en un muslo, y que había sido llevada por una ambulancia a un hospital de gran importancia donde estaba siendo tratada por los médicos. Hasta ese momento las informaciones solo eran lecturas de cable.

Continúa la señora Carey: “Cerca de las 05:30 a.m. un presentador de noticias de la BBC dijo casi al borde de las lágrimas, con los ojos enrojecidos y en tono lúgubre que fuentes oficiales confirmaban que Diana Spencer, Princesa de Gales, había muerto en un hospital parisino tras un fatal accidente automovilístico... me di cuenta que este hecho realmente me afectaba ... mi propia madre lloró cuando vio por la televisión el funeral de Kennedy, y ni siquiera es americana, y tengo que decir que mi madre tampoco es inglesa, y terminó esta vez por llorarle a la Princesa de Gales .. yo misma, en ese momento, me sentía conmovida casi hasta las lágrimas”.

Durante aquellas horas de la madrugada del domingo 31 de agosto de 1997, el periodista Gavin O’Toole (Entrevista realizada el 8 de diciembre de 1997 en Londres) trabajaba de tiempo completo en un diario londinense, pero estaba tratando de ganar más dinero haciendo turnos extra los sábados como redactor eventual en el periódico The Observer de Londres. Trabajar en dos periódicos es algo común en Flete Street (Barrio londinense del periodismo).

“Recuerdo que esa noche estaba más callada que de costumbre –dice el periodista- y había muy pocos cambios entre las varias ediciones del periódico que se envían a las distintas áreas del Reino Unido durante el curso de una jornada normal ... al poco tiempo de dar la media noche mi jefe inmediato, el editor de producción vespertina, mandó a sus casas a otros redactores, como era la costumbre si estos no tenían trabajo que hacer. Yo debía permanecer hasta las 2 de la mañana, pero tenía la esperanza de que me mandara a casa a la 01:00 a.m porque tampoco había mucho trabajo para mi ... poco después de que la mayoría de mis compañeros se habían retirado, llegó el director de noticias vespertinas y mencionó que quizás habría una nota que debíamos producir. Esto fue cerca de las 12:30. Nos dijo que había habido un choque en el que se involucraba a Diana Spencer. Recuerdo que casi al mismo tiempo de esto, había visto una nota de AP en la que se informaba con un solo párrafo con “campanitas” (señales de información de gran importancia) que solo mencionaba que Dodi Fayed había resultado herido ... no daba más detalles ... en ese momento habíamos sólo cuatro personas: dos redactores, un reportero nocturno y el editor de producción vespertina ... el director de producción estuvo durante media hora en otra sala viendo televisión y regresó para

decirnos que Diana había resultado también herida, pero nada más. Cerca de la 1 de la mañana las agencias comenzaron a reportar que Dodi había muerto.

Los periódicos se cuidan mucho de arriesgarse a dar informaciones que puedan involucrar a alguien de la importancia de Diana. Cualquier error con una nota tan sería como ésta le costaría a the observer muy caro en términos de credibilidad. Me acuerdo que tanto el editor de noticias vespertinas como el reportero de turno no pudieron conseguir nada de información por parte de la oficina de prensa de Buckingham Palace (esto es, de la Familia real).

Entonces en este punto el ángulo noticioso era sobre que Dodi había muerto, una gran información en sí. Mis compañeros y yo asumimos que si Dodi estaba muerto y Diana estaba con él, ella muy probablemente había resultado herida de gravedad, por lo que inmediatamente comenzamos a preparar material que fuera necesario en caso de correr una nota sobre si eso hubiera sucedido ... creo que el editor de noticias vespertinas estaba esperando claramente la confirmación oficial de lo que había ocurrido antes de tomar una decisión sobre si producir una edición complementaria para el periódico ... por allá de las 02:00 a.m los cables comenzaron a informar que se había reportado

muerta a Diana. Al mismo tiempo el editor regresó a la oficina e hizo la declaración concreta de que publicaríamos una edición especial ... me sentí extremadamente conmocionado por la enormidad de esta información ... simplemente se trataba de la mayor noticia que yo jamás hubiera trabajado y de verdadera importancia histórica ... era una nota con la que la mayoría de periodistas hubieran soñado alguna vez en su vida ... mis sentimientos en ese momento eran una mezcla de desconcierto y emoción por estar involucrado como periodista en contar esta historia al público. Pero también sentí mucha tristeza por Diana.

Soy republicano y no creo en la monarquía. No recuerdo si hubo la confirmación oficial de la muerte de Diana sino hasta que la última edición pasó a composición, demasiado tarde para que nosotros pudiéramos dar un testimonio fuerte en lo que publicamos de que ella había muerto ... creo que la única falla verdadera que tuvimos fue la poca disponibilidad de recursos en nuestras manos y la desorganización, principalmente por el manejo burocrático de nuestros sistemas de computación y la falta de personal disponible a esas horas de la noche". Acota el periodista.

2.- UNA HISTORIA DE AMOR, INTRIGAS Y TABLOIDES.

En realidad, esta tragedia tuvo un comienzo de cuento de hadas: la historia empezó en 1980. el Príncipe Carlos se había distinguido, dentro de la tradición de los hombres Windsor, por sus atractivos de playboy. Una larga lista de mujeres constituía su pasado, incluyendo a Amanda Knatchbull y a Sarah Spencer, la hermana de Diana. Cuando la relación de ésta con el Príncipe se desvaneció, ella misma confesó: “yo no soy para él pero sí sé quien lo es, (aunque Lady Di tenía solo 16 años) ella sería perfecta para él” (Campbell, Beatriz, Diana, princesa of Wales).

A Lady di se le comenzó a ver en las casas de Windsor en 1980. a principios de ese año era amiga de Amanda Knatchbull, a quien acompañaba en Balmoral cuando esta última salía con el Príncipe. En julio se pudo observar que el Príncipe la había notado. El Hijo de Robert y Philipa de Pass, amigos de toda la vida de los Windsor invitó a Diana Spencer a una fiesta de verano diciendo: “era sangre joven, puede que le diviertas”; se sentaron juntos en un fardo de paja durante una barbacoa. “El estaba muy ensimoso y se me hizo muy raro”, le comentó a Andrew Morton. Diana Spencer era empática,

solidaria y dulce; eso era algo que ella sabía como hacer. “Al minuto siguiente prácticamente se me echó encima y no estaba segura de cómo manejarlo. El me pidió que regresara junto con él a Londres al día siguiente”. Ella se negó: “sería descortés para sus huéspedes, le contestó” (Morton, Andrew, Diana, her true story).

Ese fin de semana Arthur Edwards, fotógrafo de The Sun descubrió a “la nueva muchacha”. El fotógrafo cuenta que comenzó a caminar sin dirección y la encontró, tomó algunas fotos de ella y llamó al The Sun en Londres para obtener detalles. “acababa de cumplir los 19 años”.

En septiembre, durante los juegos de Braemar, en la finca de Balmoral Escocia, Carlos arregló la estancia de Diana, su hermana Jane y su esposo Roberto Fellowes en una casita de Gracia y Favor (privilegio que se otorga a personas cercanas a la realeza). El grupo incluía a Nicholas Soames, político conservador y gran amigo de Carlos, pero también estaba en el grupo camilla Parker-Bowles la vieja amante de Carlos.

El fin de semana de juegos en Braemar era obligado en el calendario de la prensa y un pelotón de periodistas merodeaban por el lugar. Arthur Edwards iba en su coche con James Whitaker y Ken Lennox, del Daily Star, por los bancos del río Dee que bordean a Balmoral, cuando notaron que la camioneta de Carlos estaba estacionada cerca de uno de sus estanques favoritos. Entonces lo vieron pescando mientras una figura femenina esperaba y observaba. La figura se escondió detrás de un árbol esperando a que desaparecieran. No lo hicieron. Entonces ella lo hizo. Cuando los periodistas la siguieron, un dueño local del área apareció y gruñendo les sacó de su propiedad mientras la pareja se alejaba. Siendo conocedores de los hábitos reales, los periodistas localizaron al Príncipe en otro banco. Un flash de luz de los binoculares reveló que ella también era observada. Mientras Carlos continuaba la pesca, ella se retiró detrás de un árbol y usando una polvera observaba a sus observadores. En una diestra maniobra se echo a correr de los arbustos hacía los árboles alejándose del río y sin mirar nunca a tras, desapareció. Nadie los fotografió juntos hasta el día de su compromiso, casi seis meses después. Pero aunque no tuvieron las fotografías, tenían la historia, que muy pronto llenó la prensa. El romance había sido reconocido por los medios masivos desde el momento en que comenzó.

Por un mes la pareja eludió a los medios masivos, pero poco a poco los intrépidos investigadores de la historia presente supieron más sobre los hábitos de su “presa”. Respecto a “la nueva muchacha en la vida del Príncipe Carlos”, la Familia Real había declarado, según Arthur Edwards columnista de chismes del Daily Mail, que a Diana “se le ha declarado físicamente apta para producir niños”, la natalidad siempre ha sido una preocupación profundamente política para la corte.

En noviembre Diana Spencer acompañó a Carlos durante la fiesta de 50 años de la Princesa Margarita. The Sunday Mirror tiró una historia de página principal alegando que la muchacha se había reunido secretamente con el Príncipe, durante la noche en el tren real mientras estaba estacionado a un lado de Staverton en Wiltshire, el diario londinense manejo la idea de que ella probablemente pasó la noche con el Príncipe. “La incuestionable virtud de Diana era vital para su compromiso con el heredero” (Whitaker, James, Diana vs Carlos).

El secretario de prensa de la Reina demandó que The Sunday Mirror se retractara. Bob Edwards, el editor de ese diario retó a Buckingham Palace a

que le enviaran una negación oficial, y entonces la publicarían también. El secretario de prensa fue a ver a la mismísima Diana. Ella negó haber estado alguna vez cerca del tren, y le apoyaban sus compañeras de piso.

La mujer del tren real era Camilla Parker, esto fue corroborado más tarde por el valet del Príncipe Carlos, Stephen Barry.

Las historias escandalosas sobre la conducta del heredero al trono durante la semana de su boda tienen distintas fuentes, pero la más importante fue su valet, quien años más tarde, entrevistado por James Whitaker, declaró que “el señor siempre había estado locamente enamorado de Camilla desde que se conocieron a principios de los años setenta. Pero que se la llevara a la cama durante la misma semana de su boda parecía increíble” (Dimbleby, Jonathan, The Prince of Wales).

La respuesta de los Windsor para los reportes de prensa sobre la rubia del tren real, sólo concernían a la reputación de Diana y nada más. Fue el incidente en el tren real lo que abrió la temporada de Diana: no se permitió que su reputación permaneciera implícitamente inocente. Su virginidad tendría que

convertirse en hecho del dominio público si es que había alguna oportunidad de defenderla. Así, su virginidad era todo lo que tenía en sus tratos con el Palacio y el Príncipe. Su honor permaneció intacto porque ella aseguró que no estuvo en el tren.

Los reflectores sobre Diana le quitaron atención a Carlos, y Lady Di se convirtió en la tapadera ideal para la relación de su futuro esposo con Camilla Parker. Tanto el cuerpo como el pasado de Diana se hicieron propiedad del pueblo.

Cuando la prensa se enfocó sobre el estado sexual de Diana, el incidente encendió un fusible de lenta combustión. Al atraer la situación en la que Diana pudiera ser el objeto de una inquisición, el Príncipe creó las condiciones en que la sexualidad real se convertiría en un asunto del interés público. El episodio del tren real no comprometió a los periódicos principales de Inglaterra, por supuesto, pero había encerrado a Diana en la precaria vida personal de su futuro esposo, sin ser invitada, exponiendo las representaciones de familia y fidelidad a los arriesgados discursos de la falta de propiedad de la conducta principesca. Diana misma aún no conocía las intenciones del

Príncipe de casarse con ella. Por su parte, el periódico The Guardian, el único periódico principal de centro-izquierda en aquel entonces, rogaba una boda real para “inducir un humor feliz” en medio de la alarmante crisis creada por la nueva economía política Thatcherista. El diario se quejaba de que “la falla en anunciar un compromiso de boda era profundamente desilusionante”. James Whitaker había preguntado a Lady Di si se iba a casar con el Príncipe y su respuesta fue “realmente no lo sé” (Whitaker, James, Diana vs Carlos). Durante las vacaciones de navidad en familia – según Whitaker – “el Príncipe fue puesto bajo intensa presión, le dijo a su madre que tal vez se casaría con Diana, pero que aún no se lo había pedido. Pues hazlo, le ordenaron”. A principios de enero de 1982 Carlos hizo la proposición y Diana respondió -- según Morton-- “sí, por favor” Es de notar que prácticamente no hubo cortejo por parte del Príncipe: nunca le mandó chocolates ni le compró flores; Diana Spencer no estaba siendo cortejada: estaba siendo exhibida, puesta en un desfile. La apariencia de un romance había sido creada por la realeza, con su manía de control y sus secretos, y por los tabloides, cuya ocupación y erotización de Diana produjo su estatus icónico como un objeto del deseo.

Diana subió las escaleras en Buckingham Palace para prepararse para el día de la boda, Morton escribe que “rugió que no podía posiblemente casarse con este hombre. Sus hermanas Jane y Sarah, que estaban quedándose con ella le dijeron “ni modo, mala suerte. Tu cara ya está impresa en los souvenirs, así que es demasiado tarde”.

Por fin se casó en St Paul’s Catedral el 29 de julio de 1981, ante 2,700 invitados y frente a 750 millones de testigos. El vestido estaba hecho con seda de Dorset (el único lugar de Inglaterra donde se cultivan gusanos de seda) y encajes que fueron de la bisabuela del novio, entre las flores del ramo había una Estefanotis (flor de la buena suerte que llevan todas las novias reales). “Su vestido de marfil era un sudario. El vestido era una crinolina, un símbolo de sexualidad y grandeza: un merengue bordado con perlas y lentejuelas, el corpiño de encaje y las mangas abombadas ... Las damas usaban vestidos de marfil que hacían juego y los pajes usaban uniformes de cadetes de la naval que databan de 1863.” (“Diana Spencer”, Susanne Moore).

Carlos no se estaba casando con una libertina, estaba cumpliendo con los requerimientos pragmáticos y políticos de la tradición.

Pero el proyecto real se apoderó del culto religioso en su celebración de una virgen como la mujer perfecta. Por lo tanto, la familia Windsor no sólo ganaba una hija, sino una mujer que personificaba sus conceptos de lo que es la perfección.

El cuerpo de Diana fue exhibido y deseado por millones, el mundo como un colectivo la penetró con su mirada, y le infundió lo que no podía ver en sus propias fantasías. La televización de la boda de Carlos y Diana proveyó de una perfecta oportunidad para repetir la cobertura televisiva como propaganda, como reverencia más que reportaje. La Familia Real ya sabía por los tabloides que Diana era el objeto de una atención obsesiva y, ciertamente, la boda del Príncipe de Gales fue más importante como un rito real que necesitaba una audiencia.

Con la boda del siglo Diana también encarnó la problemática feminista: su sexualización icónica representó la derrota de las mujeres. Su matrimonio era celebrado como el triunfo de la monarquía moderna, y aun su transformación de virgen a novia anunció que su valor para la Familia Real yacía en la falta de experiencia y una historia propias. “La realeza adquirió el status de estrellato

cuando Lady Di entró en el recinto real. La prensa expuso la distinción entre la realeza y el estrellato: la ceremonia cubre al cuerpo, pero la celebridad lo expone” (“Diana Spencer “, Susanne Moore).

Una vez que Diana comenzó a respirar la atmósfera semi-muerta de Buckingham Palace, la Reina no hizo mucho para hacer que su nuera se sintiera en casa.

La nueva recluta tuvo que aprenderse las estaciones del calendario real, el como hacer que sus dobladillos vencieran al viento durante las giras; principalmente aprendió que nada cambiaba. La única cosa que le gusta cambiar a la Familia Real es su ropa.

Después de la boda, Carlos y Diana hicieron su triunfal gira por Gales en el tren real. La nueva Princesa mostró un hábil toque con las multitudes. “La Familia Real recibió la primera lección en el nuevo orden: la multitud estaba menos interesada en la Reina que en la muchacha ... fue la multitud quien descubrió que la sombra era en verdad una esfinge” (Whitaker, James, Diana

vs Carlos). Diana tenía gran potencial como primera dama, una estrella cuya luz podría brillar sobre un Príncipe que no era bello.

En la Gran Bretaña de los años setenta y de los ochenta las caridades y organizaciones voluntarias proliferaron de la noche a la mañana, y aunque escasamente articuladas en el discurso político, expresaban a una vigorosa sociedad civil. Este fue el espacio en el que la Princesa de Gales comenzó a transformar el idioma de la filantropía aristocrática y el patronaje, desarrollando una orientación humanitaria en vez de patricia con la que el público se identificaba plenamente.

Diana se tomó en serio su papel como dama del ocio visitando a enfermos y gente en desventaja. A pesar del poco respeto que su marido, a penas recién casados, le mostraba, ella comenzó a conectarse con una nueva cultura en el sector voluntario. El Príncipe tendía a intervenir en sus patronazgos, agresivo pero finalmente tradicional. Diana por su parte se mostraba modesta, empática y más adelante radical.

Diana se convirtió en la mujer más vista del mundo. Su cuerpo fue sujeto de escrutinio sin precedentes. Con excepción de Marilyn Monroe, nunca en la historia de este siglo se había sexualizado tan públicamente a una joven. Y aun antes de que su cuerpo le perteneciera a ella le fue entregado a un hombre que parecía no estar seguro de si lo deseaba o no, y a una multitud que le daba la bienvenida dentro de sus fantasías.

En junio de 1982, después de un embarazo en el que la Princesa de Gales encontró insoportable la presión en el ambiente de la realeza, nació Guillermo Arturo Felipe Luis, el nuevo heredero al trono. “El día del alumbramiento por inducción había sido decidido antes de acuerdo al diario de Carlos: teníamos que buscar una fecha en la agenda que le conviniera a él y a su polo, comentó la Princesa” (Witaker, James, Diana vs Carlos). El segundo hijo de la pareja, Harry, nació en septiembre de 1984.

Mientras Diana fue probablemente la primer madre real cuya relación con sus hijos se parecía más a la norma entre la sociedad británica, la actuación de Carlos como padre continuaba haciendo juego con las costumbres de su clase.

La historia del tren real, y las sospechas de que Carlos y Camilla siempre fueron pareja retumbaron alrededor de Flete Street durante años. A pesar de lo que estaban viendo, los reporteros se retractaron de las conclusiones obvias. En esta ocasión y contra el papel de héroes que envuelve a la prensa, los tabloides se habían contenido.

Para 1991, las diferencias entre Diana y Carlos eran más que evidentes después de casi diez años de ser el objeto obsesivo de la prensa, no sólo británica sino europea y mundial, para la ruina del Príncipe como parte fundamental de la realeza británica y como el principio de la tragedia de la Princesa de Corazones.

A finales de los años ochenta y principios de la década de los noventa, Andrew Morton había publicado material que alertaba a los lectores sobre los hábitos del Príncipe de Gales como esposo y como padre. Estaba bien informado y tenía buenos contactos. Le había estado siguiendo la pista a los Windsor durante años. También se había convertido en crítico del machismo e hizo énfasis en que la monarquía nunca había disfrutado de tantos privilegios con tan pocas responsabilidades legales y fiscales.

Las primeras claves del asunto del adulterio de Carlos salieron de la reportera Fiona MacDonald Hull, del News of the World. Ella fue la primera en darse cuenta de que Diana estaba desesperada con esa situación y en notar que no todo iba bien en el Palacio, y afirmar que “a Diana la hacían sentirse como una mariposa en un alfiler” y por los paparazzi. Se puede afirmar que ella estaba tratando de recuperar su respeto propio. Así, las cosas para la Princesa Diana ya eran muy inestables.

Al parecer de la Familia Real, y por las notas que publicaban los periódicos y la sospecha de una biografía en proceso, el Palacio quería saber quién estaba soltando la sopa. La principal sospechosa era la mismísima Diana.

Un año después de la publicación del libro “La Verdadera Historia”, escrito por Morton; James Whitaker, Arthur Edwards y Judy Wade –compañeros de la “manada de ratas” – reporteros y fotógrafos de la fuente publicaron sus propios inventarios de años de observación real para los tabloides.

Whitaker, monarquista declarado, dijo que llegó a creer que “Diana fue usada en un cínico ejercicio de ingeniería social; que Carlos había sido un adúltero a lo largo de su matrimonio y que el matrimonio real no se acomodaba. Diana es considerada el enemigo” escribió en 1993. El estaba convencido de que los movimientos de la Princesa eran vigilados muy de cerca. Esto se confirmó con las grabaciones secretas de las pláticas telefónicas de ambos. Los tabloides habían sido vindicados.

Los tabloides no inventaron las conversaciones telefónicas entre Carlos y Diana y sus amantes respectivos, solo explotaron la vigilancia de otras agencias en lo que, para los años noventa se había convertido en juego de doble y triple riesgo involucrando a los servicios secretos. Pero el reclamo de los periodistas de que al usar material que insistían era lo suficientemente importante como para su difusión solo estaban sirviendo al interés público, también escudaba sus propios deseos: viendo a Diana también podían tenerla, capturarla, controlarla. De esa forma, estos hombres eran capaces de ejercer sus fantasías sexuales sobre una futura Reina.

Después del impacto del libro de Morton vino la publicación del cassette de la conversación de Diana con su amigo James Gilbey por el periódico The Sun en agosto de 1992. Esto desacreditó mucho a Diana, la difusión de las grabaciones secretas fue una batalla dentro de la agresiva guerra entre la Familia Real y la Princesa de Gales.

“Había fuerzas rivales no sólo en el barrio del periodismo londinense, sino en los servicios secretos, quienes creían que le estaban haciendo un favor a la familia real por hacerselo a Diana. El cassette del Camillagete fue grabado por un aficionado, un hombre de Merseyside que acostumbraba grabar conversaciones recogidas por un radar y una antena de techo que rastreaba las frecuencias usadas por los teléfonos celulares” (“ Cazadores de fotos “, Jack Gee).

En 1992, cuando la denuncia gráfica real y el seguirle la pista a Diana las 24 horas del día comenzaba ya a apestar, las tropas de los tabloides se retiraron y prefirieron echar mano de las fuerzas paramilitares del periodismo: los paparazzi. Una nueva manada de ratas que trabajaban en equipos determinados y que no aceptaban el NO como respuesta.

Jayne Fincher, quien se había retirado del periodismo alrededor de 1994 comenta sobre los paparazzi: “La acosaban todos los días, era terrible. Arruinaron nuestra profesión”. Afirma que la Princesa había tratado de tomar acción contra ellos. Pero ella no podía derribarlos sola y Buckingham Palace no les hizo frente.

El Establishment monárquico, sin embargo, le echó la culpa al público y nuevamente a los periódicos tabloides. Los defensores de la privacidad real acusaban a los lectores de reducir la vida de los Windsor a una telenovela, de incitar la penetración de los tabloides en la sexualidad de la pareja real en cuestión, de abrir una caja de Pandora emancipando al mal. La insaciable curiosidad del público fue malignizada como voyeurismo ocioso y como un traspaso que transgredía un territorio prohibido.

Por medio de los tabloides el público de la Gran Bretaña no sólo estaba siendo actor de un “deseo transgresor” de verse reflejados en la Familia Real. También miraban la “economía erótica del patriarcado” en gran escala: la rivalidad de los tabloides, su propia curiosidad y el desnudar a la realeza en un proceso de revelación.

Tabloides y periódicos respetables compartían un discurso sexista, pero no importaba que tuvieran entre sí las mismas interpretaciones o investiduras; sin querer lo que hicieron los tabloides fue ser pioneros en las revelaciones que unían la transgresión sexual y la política para mostrar la vida privada de Palacio a la atención pública. También había algo más, el deseo por Diana animaba la necesidad de vencer la inmunidad personal y la privilegiada privacidad de la Familia Real.

Mientras los tabloides medían los cuartos separados, las vacaciones separadas y las vidas separadas de los Príncipes de Gales, las relaciones de Carlos con Camilla Parker y Dale Tryn –Kanga- disfrutaron casi de inmunidad total. La prensa veía, pero sus encuentros con estas mujeres produjeron poca evidencia de intimidad ilícita. Por contraste las salidas de la Princesa de Gales por la tarde y las fiestas en casas de campo con sus amigos como el banquero Philip y el Mayor David Waterhouse, inmediatamente fueron fotografiadas por la prensa.

La frontera etérea del respeto y poder de la monarquía había permanecido imperturbable hasta ahora mediante la aseguración del control sobre el

público, y del cuándo y el cómo debía observarse ésta. Pero para los años noventa el respeto a la sagrada institución estaba muriendo: los Windsor estaban convirtiéndose en juego limpio para una nueva generación de satiristas, desde revistas como el Private Eye hasta Spitting (el programa de TV de donde se inspiraron Los Peluches),.

Finalmente, en noviembre de 1992 la pareja de Príncipes se divorció. A Diana inmediatamente se le retiró el título de Alteza Real y la atención de los guardaespaldas, pero se ganó un enorme apoyo público y la hostilidad privada de parte de la familia Real. Su trabajo con las caridades y los desposeídos había comenzado a establecerla ante los ojos del mundo como una mujer independiente. “No se había quedado callada a pesar de la evidencia de que Buckingham Palace estaba socavando su labor mientras que el Príncipe Carlos se costeara nueve oficiales de relaciones públicas para elevar su rating. Había una guerra detrás del escenario y la efectividad de usar a los medios como arma no se había perdido en nadie” (Whitaker, James, Diana vs Carlos).

Por primera vez en este siglo una mujer le pidió cuentas a un futuro Rey por su conducta como hombre. El soltar la sopa le había hecho peligrosa, pese a

que ella misma había expresado su temor ante alguna posible amenaza proveniente de enemigos creados en el camino.

Diana no creó un sentimiento republicano por sí mismo, pero sí transformó el espacio en el cual el público británico contemplaba sus propias percepciones sobre la realeza y el republicanismo. La Princesa inspiraba tanto temor como odio, no era estereotipo del feminismo pero aun así reunía las cualidades para convertirse en ídolo feminista.

Poco a poco, con sus revelaciones y posteriormente como parte de una guerra ideológica contra la Familia Real, la propia maquinaria de la teoría de la conspiración convirtió a Diana en heroína: había cuestionado la conducta del futuro Rey de la Gran Bretaña, la dinámica de una familia mundialmente ejemplar y los valores del Establishment. Se había revelado contra su mutismo de chica de portada para dar paso a un papel más activo como “embajadora” o representante de causas justas y populares.

La metamorfosis de Diana – de cálida patrona tradicional hacia una posición más política como abogada de causas importantes maduró el año antes de su

muerte. Apoyó a la Cruz Roja Internacional junto con 80 organizaciones más en la campaña mundial contra las minas de combate, lo que la confirmó ante los ojos del público como aspirante a enemiga de la clase dominante.

En diciembre de 1997 la comunidad internacional finalmente prohibió las minas de combate. Dicha prohibición fue reconocida como un tributo del mundo a la fallecida Princesa de Gales, pero ella había ido demasiado lejos, desde su divorcio en 1992, no podía seguirse interpretando más como un ícono vacío, inundado con las fantasías de la telenovela: la Princesa Diana había entrado en la era política.

En diciembre de 1993 Diana Spencer hizo un atrevido discurso que afirmaba que las mujeres eran “quienes proporcionan cuidados pero ellas mismas carecen de éstos, cuya labor no remunerada se calcula le ahorra al país 24 billones de libras anualmente en sueldos” (“Monarquía, República, Diana “, Paul MaCann).

Mientras Camilla Parker se aparecía en eventos aristocráticos, los prospectos de Carlos como monarca divorciado eran discutidos ligeramente en los

medios, a Diana la seguían cazando los paparazzi al mismo tiempo que en los periódicos se le tachaba de desequilibrada. La más carismática miembro de la Familia Real era echada a un lado y se le ensuciaba la reputación, mientras que el papel de Carlos como enviado ambulante de la Gran Bretaña en el mundo fue promovido asiduamente.

Toda la Gran Bretaña se quedó en sus casas el 20 de noviembre de 1995, cuando el programa PANORAMA proyectó la entrevista de Martín Bashir a la Princesa de Gales. Tanto Buckingham Palace como el público estaban pasmados. Verla contando su propia versión de los hechos era para dejar boquiabierto: la monarquía necesitaba cambiar su relación con el público. La Princesa explicó que su esposo daba los discursos mientras ella daba la mano. Que “no era un animal político”, ni esperaba llegar a ser Reina, pero aspiraba a ser La Reina de los Corazones en el sentir del pueblo y estaba harta de que se le viera como alguien “lista para el manicomio”, porque era una persona muy fuerte y conocía “lo que causa las complicaciones en el sistema en que vivimos”. La entrevista por televisión de Diana en el programa PANORAMA, es uno de los documentos sociales más importantes de su tiempo en Inglaterra: “Diana dio su testimonio porque sintió que estaba bajo el

riesgo de sus enemigos en el Establishment, y porque al hablar podía asegurar su propia seguridad” (“ La investigación sobre Diana “, Jack Gee).

Entre 1992 (año del divorcio) y 1997 (año de la tragedia), Diana fue acosada como nunca por la manada de paparazzi, siempre exaltando más su vida personal y amorosa que su actividad como voluntaria de las causas justas.

Los amoríos de Diana con James Hewitt, un mayor de los Life Guards e instructor de equitación de sus hijos, fueron finalmente expuestos. También se reportó que Diana estuvo al centro del colapso del breve matrimonio de Will Carling, el capitán del equipo de rugby de Inglaterra y su esposa Julia en 1995, y que en 1996 atormentaba el hogar de un rico comerciante de obras de arte con llamadas telefónicas anónimas. Los diarios informaron también que en 1997 Diana Spencer vivió un tórrido romance con el doctor paquistaní Hasnat Khan, quien a decir de una biografía publicada en el año 2000, rechazó a la Princesa por las grandes diferencias socioeconómicas entre ambos, y que ella había iniciado un romance fingido con Dodi Al Fayed para hacer reaccionar al doctor paquistaní. De todos estos rumores, confirmados o no, se derivaron las teorías de un complot inglés para matar a Diana y evitar la

relación matrimonial entre un ex miembro de la Familia Real y sangre musulmana, puesto que “si Diana tenía un hijo con un árabe, este sería medio-hermano del Príncipe heredero al trono de Inglaterra, asunto que la monarquía no podría tolerar” (¿Accidente o Complot? “, Katryn Lister).

En su franca confesión durante el programa de televisión PANORAMA, Diana misma recalcó sobre la teleaudiencia que su supervivencia dependía de contar su propia historia, puesto que sus fuertes revelaciones contra la Familia Real les involucraba en actos de engaño.

“Alguien, en alguna parte, estaba decidido a que la Princesa de Gales no le quitara más el brillo al resto de la realeza”, comentó el fotógrafo de The Sun Arthur Edwards.

3.- DESPUÉS DE LA TRAGEDIA.

Mohamed Al Fayed y el chofer murieron instantáneamente, un grupo de rescatistas y paramédicos franceses tardaron una hora y media para extraer de entre los fierros retorcidos del mercedes negro el cuerpo aún con vida de la

Princesa de los Dolores. Fue llevada al hospital Pitié Salpêtrière, en donde los cirujanos, doctores Bruno Riou y Alain Pavie batallaron en vano por más de tres horas y media con énfasis en la extensión y gravedad de las heridas, “los esfuerzos del personal que asistió médicamente a Diana fueron inútiles” (“Diana y Dodi “, Alison Daniels), el drama en el hospital terminó en amarga desesperación, la Princesa del Pueblo murió a las tres de la mañana del domingo 31 de Agosto de 1997.

Mientras tanto, en “El Puente del Alma”, la policía busca evidencias y detiene a siete paparazzi, se trata de un fotógrafo macedonio, cinco franceses y un motociclista. Más tarde se consideraron cargos por homicidio imprudencial y no ayudar a personas en peligro, les fueron decomisados 20 rollos de película fotográfica. Días más tarde, los fotógrafos (para los que se pedía penas hasta de 5 años de prisión y multas equivalentes a 52 mil libras esterlinas) fueron liberados, se les decomisaron sus cámaras y salieron bajo libertad condicional y una multa de 10 mil libras. El periódico París Match declara que “ahora esto se ha convertido en una cacería de brujas contra los periodistas” y Le Monde que “estamos viviendo un verdadero festival de hipocresía”.

Llegada la mañana de ese Domingo primero de septiembre, todos los periódicos ingleses publicaron la noticia, primeras planas conmocionaban al pueblo: “Lágrimas e ira por la muerte de la Princesa”, “Una luz se apaga en todo el mundo”, “Una nación llora por su Reina de Corazones”, “Diana, el ícono más famoso del siglo XX”, “Nació una dama, se hizo Princesa, murió una leyenda, Dios bendiga a Diana”, “Paparazzis asesinos”, “La mató la monarquía”, “Era lo más cercano a un ángel en la tierra”, “Descanse en paz nuestra Reina de Corazones”, “Inglaterra ha perdido a su más grande tesoro”, “El temible precio de la fama y la adoración”, “Los príncipes con el infierno más grande de todos”, “La Princesa inmortal: diana Spencer, 1961-1997”.

Llorosos admiradores apilan flores en las puertas del Palacio de St. James, más de 200 turistas merodean el Palacio de Buckingham. En un templo indú de Londres se hicieron plegarias para la Princesa. Los deportes del domingo cancelaron en masa. “12 millones ven la tragedia por televisión el primer día después del accidente, cuando se esperaba una audiencia de entre 3 y 4 millones” (“Lágrimas a lo largo y ancho del país”, Ed Harris). En las embajadas británicas alrededor del mundo se depositaron flores y velas. “En España los turistas se reunían en los bares a ver la noticia. En Japón, se

transmitió la noticia desde pantallas gigantes en las calles” (“El adios”, Tom Utley). Las noticias desplazaron en Inglaterra a todos los programas de televisión. La radio canceló su programa de las Top 40 por primera vez en su historia. El himno nacional fue tocado cada hora. En la Catedral de St. Paul, ante dos mil personas, el reverendo cambió su sermón sobre las relaciones entre los cristianos y el Estado para hablar sobre Diana y Lazaro. En Teherán se olvidaron de la práctica de ignorar la información de líderes de occidente y se anunció la trágica muerte.

El lunes 2 de septiembre, después del post mortem (que se llevó a cabo en secreto y en el que, fuera de cualquier precedente, se admitió a un grupo de fotógrafos como testigos) el féretro con el cuerpo de Diana fue sacado del hospital y trasladado al aeropuerto para su entrega a las autoridades inglesas, Al Fayed fue llevado en carroza a un cementerio privado en París, ese mismo día fue enterrado. Los restos mortales de Diana Spencer son traídos a una dolorosa Gran Bretaña. “Miembros de la Real Fuerza Aérea cargan el ataúd con el cuerpo de la fallecida y lo trasladan al Palacio de St. James, en donde se realizará el acto funerario y de donde saldrá para ser enterrado” (“ Agitados y

en conmoción “, Nick Prop). El cuerpo de diana es devuelto a una nación unida en el dolor y la conmoción.

Las muestras de condolencia llegaron a Buckingham Palace de todas partes del mundo y de personalidades de todos los ámbitos: Bill Clinton, Nelson Mandela, Rosa Monckton (amiga de la Princesa y esposa del director de The Sunday Telegraph), George Carey (el más alto representante de la Iglesia de Inglaterra), Bárbara Cartland (autora de novelas rosas y abuelastra de Diana), los ex primeros ministros Margaret Thatcher y Ted Heath, Betty Bootroyd (moderadora de las sesiones del Parlamento), Henry Kissinger, la Madre Teresa de Calcuta (quien declaró: era muy solidaria con los pobres y muy animada y hogareña), Elton John (perdí a mi amiga especial), Luciano Pavarotti, Madonna (lloró y rezó por la Princesa), el presidente Chirac, Alex Salmond (representante del Partido Nacionalista Escocés), los primeros ministros de Australia, Alemania, Rusia, India, Israel, Canadá, Irlanda, los Reyes de España, Suecia y Holanda.

El suceso no tardó en producir en Francia e Inglaterra un debate en torno de temas como la Ley de Privacidad, la responsabilidad de los paparazzi en la

tragedia, la Ley antiminas, el amarillismo periodístico, el papel político de la monarquía.

Al otro día del accidente el periódico alemán BILD, el tabloide más grande de Alemania, publicó una fotografía de Lady Di atrapada entre los fierros del mercedes negro; se le criticó de haber roto el espíritu y la carta de acuerdo para no publicar. La foto fue tomada después de que llegó él equipo de rescate y fue publicada a la mañana siguiente, días después “alcanzaría un precio de 600 mil libras” (“ dinero y fatalidad “, Jay Rayner) en el negro mercado de los paparazzi. La muerte de la Princesa dirigió la vista de todos a un largamente incubado debate sobre los paparazzi. Los tabloides británicos The Sun. The daily Mirror y the Daily Express publicaron que cooperarían para una revisión del uso de fotografías tomadas por paparazzi internacionales. La tendencia general entre los periódicos serios fue la de señalar como culpable a Rupert Murdoch, uno de los más grandes magnates de la prensa mundial e impulsor de las “revistas del corazón”.

Se esperaba que la Reina ordenara un periodo de luto familiar. En los edificios públicos hay banderas a media asta. El pueblo manifestó su deseo de

un funeral con carácter de Estado pero a la vez con reconocimiento monárquico a la Princesa por parte de la Familia real. La tendencia de los tabloides y del público en general, en aquellos días en relación a la actitud fría y distante de la Reina era que “debería romper la máscara de insensibilidad”, pues no se atrevía a romper las reglas de la realeza, fue muy criticado el tieso protocolo de la Reina. Finalmente la Reina se “dobló” ante el escándalo de sus súbditos y la presión a la que la sometía la prensa y ordenó que la bandera fuera izada en Buckingham Palace como homenaje atrasado a Diana.” Su decisión llegó después de 106 horas y 49 minutos después de la muerte de la Princesa” (“Mama Reina”, David Lee). El encabezado del periódico The Sun resaltaba el hecho de que la “vuelta en U” de la Reina era una muestra tardía a los llamados del público a sensibilizarse ante la muerte de Diana Spencer. La cruzada para izar la bandera había doblegado a la rigidez monárquica; la Reina había malinterpretado los sentimientos de la nación. El miércoles 5 de septiembre, cinco días después del trágico accidente, cientos de miles de ingleses conmocionados por el silencio de los Windsor gritaban sus reclamos por la incomprensión frente a las rejas de Buckingham Palace, ahogadas por las flores. La tarde del viernes antes del funeral, exactamente a las 6:00 p.m., hora en que la Gran Bretaña se sienta a la cena, la Reina Isabel

II se dirigió a la nación en vivo, parpadeando ligeramente bajo sus gafas, sin errores verbales y sin tiempo para las correcciones estéticas de los estudios televisivos; entre otras cosas dijo: “... como su Reina y como una abuela, les estoy hablando con el corazón ... quiero hacer un tributo a Diana yo misma. Ella era un excepcional y talentoso ser humano”.

Nunca se había seguido tan de cerca cada entonación, omisión u ofensa, ni mirado con tanta atención cada movimiento vocal de un mensaje real desde la declaración conjunta sobre el futuro de Irlanda. Era su segundo discurso en vivo desde aquel primer discurso de navidad en 1959. La espontaneidad del mensaje no estaba en realidad fuera de los manejos de los medios, fue planeado por Peter Mandelson, de quien se sabe es la mano derecha del primer ministro, en un intento de hacer parecer a la monarquía como algo del pueblo y para reducir las críticas generalmente desatadas por la producción de un frío mensaje grabado previamente en un set.

El pueblo está de luto, pero también está iracundo, vieron arrastrarse a una parte podrida del Establishment el primero de septiembre de ese año y ahora sus velas votivas y flores dicen cortésmente: “ustedes la mataron”. Después

de la acción conciliatoria de la Reina con su declaración al público informado, la Familia Real reiteró su petición de privacidad.

Miles de personas desfilaron frente a St. James Palace para dar su adiós y anotar sus condolencias en el libro correspondiente (50 mil firmas se habían recabado el primer día). La espera fue de hasta 6 horas, fueron colocados baños públicos portátiles durante las 24 horas. Los floristas enfrentaron una enorme demanda de ramos. Kensington Palace (la casa oficial de Diana) se vio envuelto en una romería de miles de personas que revistieron con flores las rejas. La verdad es que miles de los que alfombraron el país con flores son republicanos. Más tarde se calculó en 100 mil personas diarias las que visitaron y dejaron flores en dicho Palacio durante 5 días antes del entierro y 50 millones de libras que gastó el pueblo en flores sólo en 5 días. “Scotland Yard calculó 6 millones de personas en el centro de Londres el día del funeral” (“ La peregrinación floral “, John Vidal). Era este el aspecto mercantil de la muerte de Diana y efectivamente podía observarse en las calles las ganancias de la fatalidad. Diana era un ícono como cualquier otro ícono y ya muerta el valor de su imagen se midió no sólo en términos de cultura, sino monetarios. Diana sabía esto y por eso contribuyó con tantas caridades.

Irónicamente, “las fotografías de Diana bajaron de valor en el mercado negro de los paparazzi” (“Dinero y fatalidad“, Jay Rayner),.

4.- EL FUNERAL DEL SIGLO.

Lejos de los escenarios de la BBC, o de las sesiones fotográficas, la gente seguía calladamente haciendo colas, guardándose los lugares cuando el otro iba al baño, se intercambiaban cigarrillos, fumaban, escribían sus impresiones. La cadena humana se movía cada 15 minutos, y cada 15 minutos se hacía más larga.

“Vine porque siempre quise escribirle para expresarle mi admiración por su trabajo y decirle que ignorara los ataques de algunos periodistas y políticos conservadores. Soy negra y británica y todos pensábamos que era maravillosa, pero lo dejé para más tarde y ahora es imposible ... Nada más tienes que mirar, hay aquí toda una gama de humanidad, viejos, jóvenes, negros, enfermos”. Dijo una mujer de 28 años que iba con su compañera de trabajo a St. James. Las amigas perdieron un día libre a cuenta de sus vacaciones especialmente para ir al funeral.

Cerca de la Capilla Real del Palacio de St. James, de donde saldría para ser enterrada, estaban todos: los jóvenes, con sus gorras estúpidas, los indús, los negros, los reventados recién salidos de los bares, los ricos, las madres solteras, las divorciadas, los homosexuales, los blancos, las viejitas monárquicas, los conservadores y los sidosos unidos bajo la banderola que coronaba a “nuestra única Reina”.

La señora Carey comenta acerca del día del funeral: “Me hice a la idea de despedirme para siempre de aquella Princesa del Cuento, lo hice por mí, puesto que nunca antes había visto algo semejante y no creo volver a verlo en mi vida. Pero también lo hice por mi pequeña hija, para que ella conserve en sus recuerdos un pedazo de la Historia. Cuando le dije que iríamos al funeral ella decidió llevarse su cámara, parecía que era el colmo, pero no le dije que no.

En las plataformas del tren podíamos ver a una infinidad de gente con ramos de flores, lentes negros y rostros descompuestos, el ambiente era

increíblemente amable y considerado en comparación con los días de actividad normal. ¡Hasta me cedieron un asiento para la niña!

Al bajar del tren cerca de Harrods no fue difícil saber a donde ir, porque todos caminaban hacia la misma dirección, el área es una zona habitada mayoritariamente por árabes ricos.

Al llegar al cordón policiaco cerca de Hyde Park nos buscamos un lugar. Muchos se habían quedado a dormir la noche anterior para no perder su sitio, sin embargo, a los niños se les dejaba pasar hasta enfrente sin ninguna queja. Yo estaba muy atrás, pero un hombre sikh muy alto que usaba un turbante dejó que mi niña pasara al frente. Estaba muy impresionada. Ella tomó fotografías de la carroza”, acota la señora Carey.

El cortejo inició a las 9:00 a.m., cuando la carreta de fusiles fue jalada por “tres pares de caballos de la Tropa del Rey y la Artillería Real de Caballos, con 12 pajes del Primer Batallón de Guardias Galeses”. El estandarte real cubría el féretro con 2 coronas de flores familiares. Durante ese momento la campana de tenor de la abadía sonó cada minuto.

“Para mí –dice la señora Carey-, las fotografías estaban en mi memoria. Jamás olvidaré el silencio que prevaleció durante el paseo del féretro, solo los cascos y los resollos de los caballos rompían la magia de vez en cuando. El silencio se quebraba con el llanto aislado de alguna mujer. Nunca olvidaré las lágrimas de aquel caballero con facha de hombre de negocios, ni los gritos. El féretro parecía tan frágil y pequeño. Una vez que la carroza había pasado cerca de la gente, la policía comenzó a formar un embudo que nos hizo caminar hacia dentro de Hyde Park. Nadie se quejaba, nadie hablaba, nadie cuestionaba ... Todos obedecíamos como autómatas. Había policías por todos lados, aunque muy amables. Una vez llegados al parque, comenzamos a vernos unos a los otros. El pueblo está afligido por Diana, no por la monarquía.

Desde cerca de una de las pantallas gigantes donde veríamos la transmisión de la misa alguien comenzó a gritar casi sin sonido: “Siéntense”, y la voz creció al llegar cerca de nosotros. Finalmente, con la multitud increíblemente educada y tolerante todos nos sentamos y entre palabra y palabra platicábamos del funeral. Cerca de ahí estaba un hombre posando con un perrito mini

chihuahua que daba más pena que el funeral entero. El hombre se pavoneaba de un lado a otro permitiendo que la gente acariciara a su mascota. “Yo adoraba a Diana, decía”. Acota la señora Carey.

Esa mañana, lo mismo que la tarde anterior, Londres estaba viviendo una experiencia extraordinaria: miles de personas venidas en tren o avión de todas partes se acostaban sobre la hierba o hacían fila a lo largo del itinerario del cortejo. Llevaban sandwiches, lámparas de bolsillo, termos, cuadernos de espiral donde escribían, misales, diarios con la guía del servicio religioso, cantaban los himnos, algunos lloraron cuando Tony Blair leyó la epístola de San Pablo a los Corintios, esa que habla sobre la caridad. Como la epístola, la atmósfera era de compasión, casi de comunión. Había velas encendidas, no había coches y a pesar de lo denso de la muchedumbre había una serenidad absoluta. Era una imagen de la Gran Bretaña que no tiene nada que ver con el flemático inglés de las películas; más ferviente que controlada y más latina que inusual. Entre la masa humana concentrada se escucharon expresiones que parecían ir más allá de la realidad o de la mediatización, frases como: “Ahora quién hablará por nosotros. Amiga de la gente común. Dios te bendiga Diana – Santa. El mejor tributo sería la abolición de la monarquía.

Era post feminista, era post verbal, era post moderna. Nadie la amó, excepto todo el mundo. Nuestra señora del dolor. Era única, compleja, extraordinaria, irremplazable...”.

“El Príncipe Carlos siguió con los ojos el féretro mientras éste era bajado suavemente del altar y puesto en los hombros de los pajes. Guillermo, el hijo mayor de Diana, miraba al frente o cerraba los ojos en plegaria y su hermano Enrique miraba al cielo con la misma tierna expresión de timidez de su difunta madre por debajo del fleco, mientras el cortejo se aproximaba a la Gran Puerta Oeste de Westminster Abbey” (“Peregrinaje de flores”, Tom Utley).

En ese sábado de duelo, la presión del público porque la monarquía se pusiera más a tono con la vida terrenal se hizo más evidente. El severo discurso del conde Spencer, hermano mayor de Diana, con el que criticó la falta de clase de la Familia Real fue entonado con tan profunda emoción y elocuencia que desde afuera de la Abadía y hasta Hyde Park, la multitud que escuchaba la retransmisión por los altoparlantes aplaudía como nunca. Esta tendencia se observa también en una encuesta llevada a cabo por el periódico The Observer el 4 de septiembre en St. James entre los miles de asistentes al duelo, dos días

antes del funeral; muestra que dos de cada tres dicen que la muerte de Diana derrocará a la monarquía. Pocos piensan bien del Príncipe Carlos o la Reina y la mayoría quisieran al hijo de Diana como el próximo Rey. Este malestar del pueblo común ante la realeza fue conocido en los medios periodísticos como “la revolución floral” y “veredicto del pueblo”. “Las multitudes atraídas por Diana son revolucionarias sin saberlo. Contrariamente a los revolucionarios del pasado, no tienen hambre de pan o de sangre de sus opresores, sino de respeto a la intimidad. Esta es una protesta ante el mundo oficial cuyo escudo de armas es el endurecerse y cuya regla es el mantener siempre las apariencias y hacer lo que se espera de nosotros” (“ Los valores tradicionales”, Mary Kenny).

El jueves 5 de Septiembre, cinco días después del accidente, The Observer había hecho que una compañía de sondeos hiciera preguntas a los dolientes (433 personas) que salían de St. James: prevalecían 4 mujeres por cada hombre, tres por cada trabajador, más de 3 por cada estudiante y 8 por cada jubilado. Cuando se les clasificó por clase social emergió una mezcla de todos los sectores.

Según la encuesta el periódico más leído durante esa semana fue The Mail, 27%, (tabloide de tendencia más bien conservadora, pero populista); seguido pro The Sun con 21% que normalmente vende más copias que el Mail; The Times (16%), The Mirror (13%), tabloide que apoya a los nuevos laboristas. También hubo lectores de periódicos serios: Telegraph, Guardian, Independent. La representación de minorías étnicas estuvo de acuerdo con su proporción real en la sociedad británica (10%). Cuatro por ciento de los entrevistados se declararon gay; cinco por ciento minusválidos; dos por ciento drogadictos (“ Referéndum “, Rachel Silvestre).

Se obtuvieron resultados similares a los de censos del público en general. Uno de cada cinco vino del sureste, 1 de 12 era turista extranjero. 68% dijeron que el efecto de la muerte de Diana sería el debilitamiento de la monarquía; 13% que le haría más fuerte; 15% que no había ninguna diferencia (“La semana de Diana “, Charles Nevin),.

“Dos y medio Billones de personas vieron el funeral en todo el mundo a través de los medios electrónicos y 25 millones sólo en la Gran Bretaña” (“La semana de Diana “, Charles Nevin). En distintas partes del mundo la opinión

de intelectuales detectó un serio daño a la imagen internacional de la monarquía. La tragedia de Diana tuvo mayor cobertura que la de la Madre Teresa de Calcuta, muerta sólo cuatro días después del accidente de la Princesa de Gales.

El Reino Unido entero se imaginaba que al regresar a su torre de marfil en Balmoral, la Reina tendría con que nutrir sus reflexiones. La imagen era la de una mujer solitaria.

Y después de toda la pompa sin ceremonias, también la Princesa Diana se quedó sola, enterrada en el escenario de vacío de una isla, como la Dama del Lago de los cuentos del Rey Arturo, entre árboles plantados por sus hijos tres días antes, lejos de sus antecesoras de la Capilla de St. Mary The Virgin de Great Brington, porque los lugareños expresaron sus temores de que el carácter apacible del pueblo en donde la Princesa había nacido, se vería transformado por la romería de los visitantes, y la sobriedad y clase de la iglesia sería disminuida al convertirse en un sitio de peregrinación. Diana Spencer, Princesa de Gales; la Princesa de corazones para el pueblo, cuyos

restos mortales del sueño que murió en París, descansan en la isla de la Mansión familiar en Althorp, Northawpton.

5.- EL FENÓMENO MEDIÁTICO

Diana capturó el humor de la juventud, era una mujer moderna, lo mismo que una Princesa, en esta época en la que la competencia contra la moralidad y la comunidad contra la individualidad son obvias.

Si durante una semana Diana se convirtió en una leyenda, y con el tiempo podría ser un mito, fue por que ella encumbró con su muerte la simpleza y la bondad enfrentándose al rigor y al protocolo. Un papel único que le llevó a la Princesa 16 años para apreciarlo. Se le calificó de única, compleja, irremplazable. Entró en la historia con una imagen santificada, que hizo estallar sobre la Gran Bretaña y su Familia Real la tempestad de una revolución emocional.

No es culpa de la prensa británica sino de un mercado global de información casi inmune a cualquier control nacional.

La monarquía británica parece anacrónica ahora que se acerca el milenio. Se han envejecido como figuras históricas, son extensiones de la Reina Victoria. A pesar de tener una red en internet parecen ser tan tradicionales como siempre, viviendo un mundo aristocrático.

El fallar en reconocer la popularidad de Diana es lo que creó la división entre el público y la Familia Real.

Los medios, ya sea que se están convirtiendo en cínicos o la están convirtiendo en una santa insinceramente.

La Princesa fue víctima de los medios e inventada para el público. Durante sus 17 años de fama ella fue el sujeto de millones de palabras. La Princesa no era una rebelde contra el Establishment, sino que usó el poder de su belleza, su personalidad y su fama para el beneficio de las caridades, oponía la magia para hacer el bien a los más desposeídos.

Para los “ideológicamente correctos” la Princesa rebelde era potente, el estandarte de una republicana. Para las feministas ella era el símbolo de todas las mujeres. Como Evita Perón ella era vulgar en parte, y querer ser una Reina de Corazones del pueblo la hizo como nosotros. Los homosexuales eran los descamisados y los políticos inteligentes se la expropiaron para el laborismo.

El periódico The Sun muestra una caricatura de Steve Bell donde Diana está en el cielo, con aureola y ojos idiotizados, manto blanco, tacones y corona de espinas y es fotografiada por un querubín paparazzi. A la distancia se puede ver a la Madre Teresa de Calcuta, muy pequeñita y llegando disparada al cielo como un cohete (“Mujer “, Jane Moore).

“Un nuevo culto divino comienza aquí” escribió Mark Lawson, y plantea la edificación que el pueblo estaba haciendo de la Princesa Diana, explica que las causas son de índole personal y de dimensión espiritual por la “era premilenarista” (“El nuevo culto “, Mark Lawson). Sin embargo podemos preguntarnos si el periodismo reflejó o dirigió el luto?. La conducta de la Familia Real, modificada por la presión del pueblo, significó no el poder de

los medios sino el poder del pueblo, los medios fueron en esa ocasión el conducto, pero también la resonancia, la afirmación reposicionada en la mente del pueblo de su propia actitud y percepción de Diana Spencer y la monarquía.

Con todo, la vida y la muerte de Diana provocó actitudes y opiniones de la más diversa índole, desde las sospechas de conspiración hasta la santificación, un ejemplo de esto último: Uno de los ramilletes colocados en St. James decía: “Santa Diana”. Algunos dolientes que habían hecho cola por once horas para firmar los libros de condolencias en St. James, afirmaban al salir del recinto que la imagen de Diana apareció en la parte superior derecha del retrato de Carlos I pintado por Edward Bower: “Eres de la prensa?, te digo algo? –dijo una mujer-, al fondo del pasillo hay una pintura, la luz le da en una forma particular y la cara de la Princesa Diana se aparece. Todos la están viendo”. Un hombre de traje de aspecto sobrio saltó a su defensa: “Sí es cierto, no se que diablos fue. Esta señora comenzó y pensé que estaría loca. Es una cara ensombrecida en la parte superior derecha de la pintura. No te voy a decir que es la Princesa pero es algo muy extraño. Te lo juro por Dios, y no estoy chiflado” (“La canonización popular”, Mark Lawson).

David Bennett, restaurantero de Winchester de 32 años dijo: “Era Di.. en serio. Es la foto con las manos entrelazadas. Me entró un escalofrío”. Leanne Buckerfield, ama de casa de 56 años dijo: “sí la vi, tan claramente como el día”. Una mujer comenzó a llorar: “Creo que ella está mirando sobre su hombro derecho. Creo que tiene un vestido rojo, me hizo saltar. Se ve como una cara de Diana cuando era más joven, con su cabello corto, se veía muy claro para mí” (“La canonización popular”, Mark Lawson). Parecía manifestarse un fenómeno de canonización popular de la Princesa.

Para la Gran Bretaña parece que a través de Diana el “apretar el labio”, que ella encontró tan incómodo en su vida había sido abolido aun por la misma familia Real obligada o no. Sin embargo los medios de comunicación tendían cada vez más a llevar la imagen de la Princesa trágica lo más lejos posible; las comparaciones de Diana con “Grace Kelly, John Lennon, Winston Churchill, J.F. Kennedy y los muertos durante la Primera Guerra Mundial” (“ El reflejo y los medios”, Auberon Waugh), sugieren claramente una falta de proporción remarcable aun para los estándares del periodismo contemporáneo. Los medios inflaron esta tragedia personal hasta una historia mundial.

En la era de las comunicaciones globales la noticia de Diana estaba a disposición por todos lados, mientras que la Gran Bretaña tuvo que despertar para saberlo, y la necesidad de mantener la historia en los periódicos por una semana, separando la muerte del funeral y éste del entierro, le dio al hecho un efecto acumulativo y auto-reforzado. Pero aunque la reacción a este fenómeno ha sido dirigida por los medios hasta cierto punto, esto no es claramente la verdad completa. Su muerte, más que su vida, parece haber capturado e intensificado cierto sentimiento popular. Muchos de los que se muestran más dolidos por esto parecen estar entre los marginados en la sociedad, los parias y rechazados de la Gran Bretaña Thatcherista, aquellos con quienes se identificó más a ella misma: los pobres de las ciudades, la gente con SIDA, los inmigrantes que sienten el aguijón del racismo, las mujeres golpeadas, las esposas abandonadas, pues a ellos Diana pareció ofrecerles cierta clase de esperanza, aunque esto fuera el consuelo general de que a ella le importaban y sentía dolor por ellos. Nunca sabremos si realmente Diana estaba dispuesta a bajar del pedestal luchando. Con todo, Diana aparecía ante muchos como una figura auténticamente anti-establishment.

“La prensa hace que la gente sepa de los pobres y eso vale cualquier sacrificio de mi parte” dijo en una ocasión la Madre Teresa, quien como Diana, tuvo toda la publicidad que quiso, pero de alguna manera se las arregló para asegurarse que fuera en sus propios términos. La Madre Teresa era directa, humilde e inteligente, no era una escolar porque nunca se daba tiempo para leer libros, consideraba a los pobres y los rechazados como sus pacientes donde quiera que les encontrara. Ella de alguna manera se las arregló para combinar la pobreza y el glamour: aceptaba ser fotografiada al lado de ricos y famosos. En India la Madre Teresa fue particularmente admirada porque se hizo tan “india”. Como Gandhi, entendía la importancia del simbolismo. Así como el lienzo era su símbolo de identidad con los pobres, el Sari de la Madre Teresa fue el símbolo de su identidad. La Madre Teresa no habría tenido dificultad en explicar la extraordinaria circunstancia en que ella y la única otra mujer que compitiera con ella por la posición de la más famosa del mundo, Diana Spencer, murieran en la misma semana. Ella lo habría visto como obra de Dios y se regocijaría por la enorme publicidad que las dos muertes han dado a los pobres, los pisoteados y los deprimidos del mundo. “La celebridad ha sido forzada en mí. La uso por el amor de Jesús” dijo alguna vez la Madre Teresa (“La semana de Diana”, Charles Nevin). Sin embargo, el hecho es

que el fenómeno mediático de la muerte de Diana, opacó en mucho la muerte de la Madre Teresa.

Diana era menos de lo que la nación Inglesa obsesionada inventó en aquellos días, no era una santa ni una diosa, no era perfecta ni en su compasión ni en su gracia. Los santos nos hablan de nosotros mismos y el espíritu de nuestra era, nada sobre ellos mismos ni su humanidad. Pero en una era de cambios Diana encarnó al espíritu del cambio. En 17 años ella nació para un mundo que la inventó, pero también un mundo que ella ayudó a crear. El funeral fue su coronación popular y su ascensión. La muerte de Diana se convirtió en el ceremonial más grande que haya visto este país, elevándose a un nivel de dolor medieval. Estamos viviendo en un tiempo de símbolos, tótems-íconos, en lo tradicional pequeñas aldeas globales y somos testigos de la muerte final de la era de la ilustración. La canonización popular de Diana muestra que el nacimiento y progreso de una fe nueva depende de toda clase de cosas no precisamente espirituales. Diana murió mientras la gente esperaba nerviosamente el próximo milenio. Su trágica muerte alimentó el deseo de muchos por un nuevo comienzo, lejos del desgastado, sucio siglo XX. Su

increíble frescura se irguió en oposición a lo que ahora se ve como el cinismo de nuestra era.

COROLARIO

1999, dos años después de la muerte de Diana, fue un año de trabajo duro para los creadores de imagen del Príncipe Carlos. Esta labor se intensificó en la primavera durante su aparición en público con su amante, Camilla Parker-Bowles (la tercera en discordia de el divorcio real). Los comentarios de la prensa fueron variados, aunque prevaleció la apatía o las críticas por la falta de excitación que produjo el ver al futuro heredero al trono con una mujer de la que todos sabían, una pareja que más bien parecía un matrimonio de jubilados. La Reina no aprueba a la compañera de su hijo.

Con el verano, la estación del chisme real por excelencia, se continuó con la publicación de detalles sobre las vacaciones del Príncipe Guillermo, quien ya ha comenzado a entrar en “edad de merecer”; entre sus compañías femeninas está la hija de Camilla. La actitud abierta del Príncipe Carlos en el debate sobre la posibilidad de una República en Australia mejoró sus prospectos pero

abrió también la sospecha de una posible abdicación al trono a favor de su hijo Guillermo. Mientras, Su Majestad la Reina aparece en los diarios Jugando papeles menores.

Después de la muerte de la Princesa Diana, hemos visto como The Sun y otros tabloides han coqueteado con el republicanismo, encendiendo un acalorado debate de los medios sobre la necesidad de una República. Carlos de Gales tocó su abismo más bajo la semana después de la muerte de su carismática ex esposa, pero esa dura experiencia ha hecho que dos años más tarde se haya convertido en el jefe modernizador de la realeza y que nadie tenga una mejor posición que él para luchar contra los crecientes llamados de una República. El amargo sabor de la impopularidad le han otorgado el entendimiento de que para sobrevivir como institución dentro de la nueva era, la monarquía debe ganarse ese derecho porque así lo demanda la era democrática de los medios, y finalmente el Príncipe de Gales ha aprendido a manejar a los medios para su provecho, adoptando un papel más social y político. si la prensa ha comenzado los rumores de abdicación de Isabel II a favor de su hijo, la especulación llega como estrategia de marketing muy apropiada para la Nueva Gran Bretaña de Blair.

En el año 2000, los escándalos de Harry, el hijo menor de Diana ocuparon primeras planas en los tabloides y las revistas debido a su gusto por el alcohol y la mariguana.

En lo que se refiere a la amante del Príncipe Carlos, Camilla Parker, el público británico parece comenzar a aceptarla. El viraje de la opinión pública ha tenido que ver, sin duda, con el hecho de que, desde la muerte de Diana, el Príncipe se ha rodeado de un grupo de especialistas en imagen y comunicaciones, que se ocupan de proyectarlo a él y a Camilla de un modo favorable. Su intención, por supuesto, es conquistar el corazón de sus súbditos. La situación entre la Reina y el Príncipe es muy tirante, es de notar que si la Reina tuviera el poder de terminar la relación, lo haría. Isabel II está segura de que su pueblo no aceptaría a Camilla de reina consorte. Un sondeo publicado en febrero del 2003 por el diario londinense The Daily Mail, confirmó este sentimiento. El 77% de los encuestados declaró que no admitiría a Camilla como soberana.

Por otra parte, en forma de libro, Penny Júnior, autora de dos biografías de Carlos, ha publicado una polémica obra titulada “Carlos, víctima o villano?”, que contiene declaraciones venenosas contra la Princesa. Los partidarios de Diana pusieron el grito en el cielo, incluso la autora del libro fue agredida, recibió amenazas de muerte y tuvo que contratar guardaespaldas.

Desde hacía varios años antes de la muerte de Diana y hasta el año 2003, ya se han publicado 8 libros acerca de la pareja real, sus engaños amorosos, los cuestionamientos a la monarquía y a las leyes de privacidad así como la tendencia republicana en Inglaterra; todo lo cual ha generado partidarios de Diana Spencer, por un lado y partidarios del Príncipe Carlos por el otro. Para este año 2003, el debate más duradero y que inició con la muerte de Diana en Inglaterra es el que ha llevado a decisiones que podrían cambiar la posición política y social de la monarquía inglesa. Recientemente la Sociedad Fabiana, Grupo perteneciente al Partido Laborista, ha solicitado reformas que no habían sido tocadas en 300 años acerca de la monarquía. Entre las recomendaciones de este documento, titulado: “El futuro de la monarquía” se incluye: La abolición del jefe de Estado como supremo rector de la Iglesia de Inglaterra, en la actualidad el Soberano (a) es el jefe de Estado. Revocar el Acta Real de

Matrimonios, que prohíbe a los miembros de la familia Real en línea de sucesión el casarse sin el consentimiento del monarca. Pasar la línea de sucesión al hijo mayor, sin importar su sexo, entre otras cosas.

A la fecha, el trabajo voluntario que hiciera Diana Spencer sigue cosechando frutos, principalmente a través del Fondo Memorial Diana de Gales, surgido de las donaciones efectuadas por el público después de su muerte, para contribuir con las caridades que ella auspiciara en vida.

La Gran Bretaña se quedó sin un imperio, pero aún le queda la muy sólida tradición de una monarquía, que los súbditos ven como en proceso de extinción, percepción que la Princesa Diana y los tabloides ayudaron a crear.

A pesar de que seis meses después del fatal accidente del 31 de agosto de 1997, las autoridades francesas (la Brigade Criminelle) descartaron la posibilidad de un agente conspirador como causante del choque, las teorías de un complot no se han hecho esperar. Quienes siguieron de cerca la vida de Lady Di conocieron la penosa historia de una mujer abatida por sus propias inseguridades, las presiones de la familia Real, las infidelidades del Príncipe

Carlos y el acoso inmisericorde de los fotógrafos. Para muchos, la versión de que fueron precisamente los paparazzi los causantes de que el auto se estrellara, resultó hasta cierto punto, lógica. Sin embargo, quedaron muchos cabos sueltos en la investigación inicial. Los escandalosos resultados de las pruebas de alcohol del chofer Paul Henri, la desaparición del fiat blanco, el cual supuestamente contribuyó a la colisión, y la poca urgencia con la que se trasladó a los heridos al hospital, fueron interrogantes que no se pudieron esclarecer para satisfacción de muchos.

Al principio, las teorías de conspiración lanzaban un dedo acusador al Palacio de Buckingham. Todos conocían la relación fría que mantuvo la Corona con Diana, y sobre todo después de su divorcio. Diana entabló lazos sentimentales con dos hombres musulmanes: el cirujano paquistaní Hasnt Khan y Dodi Al Fayed. Ambas relaciones fueron de controversia para los puristas británicos, quienes no aprobaban los gustos de la Princesa y la criticaban enérgicamente.

Un año después del fatal accidente, los rotativos egipcios argumentaban a favor y en contra de un posible complot de asesinato de parte de la Corona inglesa. Quienes especulaban a favor del compolot, acusaban a la British

Intelligence Agency de espiar a la pareja durante su estadía en París. Los británicos, según la prensa egipcia, estaban escandalizados al pensar que Diana se convertiría al Islam, se casaría con un musulmán y tal vez tuviera un hijo que sería medio hermano del futuro Rey de Inglaterra. Por otro lado, otras teorías afirmaron que la conspiración no venía necesariamente de Buckingham. Para estos otros teóricos, la amenaza no tenía que ver con asuntos raciales, sino con asuntos económicos. Lady Di, afirmaban, representaba una peligrosa amenaza para los intereses de la industria armamentista por su fuerte campaña en contra de las minas explosivas. Todos fuimos testigos de que en efecto, Diana utilizó toda su influencia y notoriedad para concienciar al mundo sobre el peligro de las minas subterráneas en distintos países. En octubre de este año 2003, la publicación del libro “El Deber Real”, escrito por Paul Burrell ex – mayordomo de Diana Spencer, sacudió a la opinión pública mundial con la revelación de que Diana había entregado a su mayordomo, una semana antes de su muerte, un manuscrito en el que ella afirmaba que existía un plan para asesinarla en un accidente simulado, el libro a la fecha no ha sido traducido a otros idiomas. Finalmente, a 6 años de la muerte de Diana Spencer, no hay respuesta a muchas de esas interrogantes; el mundo y la sociedad inglesa siguen cambiando y el recuerdo

de la Princesa del Pueblo parece ir perdiendo nitidez en la memoria de muchos; los paparazzi siguen creando y explotando íconos en ausencia de una Ley de Privacia; el fenómeno Dianamanía parece haber sido un fenómeno exclusivo del siglo veinte, época que encendió luminarias pero también las apagó con inusitada frialdad; el siglo veinte está plegado de esas luminarias: El Che, Marilyn Monroe, Madre Teresa de Calcuta, Elvis Presley, Evita Peron, Luter King, y al final del siglo de las guerras y las revoluciones, la Princesa Diana de Gales, Diana Spencer. Todos ellos ahora son símbolos, casi souvenirs, cuya imagen ha beneficiado económicamente, más a los publicistas que a los pueblos a quienes esos personajes verdaderamente deben su paso con letras de oro en la historia de un siglo, una época que bien podría llamarse “la era del cinismo”.

BIBLIOGRAFÍA

Baena, Guillermina, Reportaje y Periodismo Futuro, antología,
FCPyS, UNAM, México, 1976, 200 pp.

Bradford, Sarah, Elizabeth: a biography of her Majesty the Queen.
Mandarin Press, London, 1997, 425 pp.

Campbell, Beatrix, Diana, Princess of Wales, how sexual politics shook the Monarchy, The Women's Press, London, 1998, 300 pp.

Cannadine, David, The British Monarchy and Tradition, Terence Ranger
Editors, Cambridge University, London, 1997, 300 pp.

Dimbleby, Jonathan, The Prince of Wales, Warner Books, London, 1995, 470
pp.

Hall, Philip, Royal Fortune, Bloomsbury Press, London, 1994, 280 pp.

Holden, Anthony, The tarnished Crown, Ed. Vikingo, London, 1994 225 pp.

Morton, Andrew, Diana, Her True Story, O'Mara Books, London, 1995, 300 pp.

Leñero y Marin, Manual de Periodismo, Grijalbo, México, 1986, 166 pp.

Warner, Marina. The Allegory of the Female Form, Monuments and Maidens, London, 1985, 250 pp.

Whitaker, James, Diana vs Carlos, Signet Editors, England 1993, 395 pp.

HEMEROGRAFIA

Periódico publicación lugar periodo revisado

The Daily Telegraph, diario, Londres, sept. 1997 / dic. 2002.

The Express, Tabloide diario, Londres, sept. 1997 / dic. 2002.

The Evening Standard, diario, Londres, sept. 1997 / dic. 2002.

The Guardian, diario, Londres, sept. 1997 / dic. 2002.

The Independent, diario, Londres, sept. 1997 / dic. 2002.

The Sun Mirror, diario, Londres, sept. 1997 / dic. 2002.

ENTREVISTAS

*Sra. Eugenia Carey, ama de casa residente en Londres, entrevistada el 10 de diciembre de 1997 en Londres.

*Sr. Gavin O'Toole, redactor de la publicación dominical de The Observer de Londres, entrevistado en Londres el 8 de diciembre de 1997.

HEMEROGRAFIA CITADA

“Diana y Dodi”, Alison Daniels, the Guardian, Londres 3 de septiembre de 1997, págs. 7, 8 y 9.

“Un choque fatal”, Ben Fenton, The Daily Telegraph, Londres 4 de septiembre de 1997, págs. 2, 3 y 4.

“Cazadores de fotos”, The Express, Jack Gee, Londres, 3 de septiembre de 1997, págs. 15 y 16.

“Murió diana”, Charles Raff, The Sun Mirror, Londres, 3 de septiembre de 1997, pág. 5.

“Adios a Diana”, Trevor Kavanagh, the Sun Mirror, Londres 3 de septiembre de 1997, pág. 8.

“El túnel trágico”, Nick Parker, The Sun Mirror, Londres, 3 de septiembre de 1997, pág. 13.

“Diana Spencer”, susanne Moore, The Independent, (edición especial), 10 de septiembre de 1997, págs. 24 a 31.

“Cazadores de fotos”, Jack Gee, The Express, Londres 4 de septiembre de 1997, pág. 12.

“Monarquía, República, diana”, Paul MaCann, The Independent, 5 de septiembre de 1997, págs. 4 y 5.

“La investigación sobre Diana”, Jack Gee. The Express on Wednesday, 10 de julio de 1997, págs. 12, 13,14.

“Una cosa mezquina”, Caroline Davies, Thje Daily Telegraph, Londres 24 de febrero de 1993, págs. 13,14.

“El divorcio del siglo”, The Guardian, Stuart Millar, Londres 27 de agosto de 1993, págs. 5,6.

“Accidente o complot?”, Katryn Lister, The Sun, Londres, 10 de septiembre de 1997, pág. 5.

“Diana y Dodi”, Alison Daniels, The Guardian, Londres 3 de septiembre de 1997, págs. 7, 8 y 9.

“Un choque fatal”, Ben Fenton, the Daily Telegraph, Londres 4 de septiembre de 1997, págs. 2, 3 y 4.

“Cazadores de fotos”, The Express, Jack Gee, Londres, 3 de septiembre de 1997, págs. 15 y 16.

“Lágrimas a lo largo y ancho del país”, Ed Harris, The Evening Standard, Londres 1 de septiembre de 1997, pág. 7, 8.

“El adios”, Tom Utley, The Daily, Londres 2 de septiembre de 1997, pág. 3.

“El mercedes fatal”, John coles, The Express, Londres 2 de septiembre de 1997, págs. 3, 4.

“Agitados y en conmoción”, Nick Prop, the Evening Standard, Londres, 1 de septiembre de 1997, págs. 4, 5.

“Diana y Madre Teresa”, susanne Moore”, The Independent, Londres 5 de septiembre de 1997, pág. 12.

“Dinero y fatalidad”, Jay Rayner, The Guardian, Londres 5 de septiembre de 1997, pág. 25, 26, 27.

“El intento de la Reina”, Kamal Aimer, The Sun, Londres 4 de septiembre de 1997, págs. 27, 28, 29.

“Mama Reina”, David Lee, The Sun, Londres 4 de septiembre de 1997, pág. 26.

“La peregrinación floral”, John vidal, The Guardian, Londres 4 de septiembre de 1997, págs. 5, 6, 7.

“Dinero y fatalidad”, Jay Rayner, The Guardian, Londres 5 de septiembre de 1997, pág. 25, 26 27.

“El último adios”, Stuart Millar, The Guardian, Londres 4 de septiembre de 1997, págs. 17, 18, 19.

“Peregrinaje de flores”, Tom Utley, The Daily Telegraph, Londres, 5 de septiembre de 1997, págs. 13, 14, 15.

“Manifiesto de duelo”, amit Roy, the Daily Telegraph, Londres, 5 de septiembre de 1997, págs. 7, 8, 9.

“Los valores tradicionales”, Mary Kenny, The Express on Wednesday, Londres 5 de septiembre de 1997, págs. 17, 18.

“Referéndum”, Rachel Silvestre, The Daily Telegraph, Londres, 6 de septiembre de 1997, págs. 2, 3, 4, 5.

“La semana de Diana”, Charles Nevin, The Guardian, Londres 7 de septiembre de 1997, págs, 17, 18.

“Mujer”, Jane Moore, The Sun Mirror, Londres 6 de septiembre de 1997, pág. 5.

“El nuevo culto”, Mark Lawson, The Guardian, Londres 6 de septiembre de 1997, págs. 8, 9, 10.

“La canonización popular”, Mark Lawson, The Guardian, Londres 7 de septiembre de 1997, págs. 17, 18, 19.

“El reflejo y los medios”, Auberon Waugh, The Daily Telegraph, Londres 7 de septiembre de 1997, págs. 14, 15.

“La semana de Diana”, Charles Nevin, The Guardian, Londres 7 de septiembre de 1997, págs. 17, 18.

